

Ángel Luis López Villaverde, *El ventanuco. Tras las huellas de un maestro republicano*, Toledo, Almud Ediciones, 2018, 479 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.39.2019.807-810>

Mucho más grande de lo que su voluminoso formato hiciera pensar, las casi quinientas páginas que componen este libro son un afortunado compendio de Historia, Memoria y Literatura con el que Ángel Luis López Villaverde rinde homenaje a su abuelo, el maestro republicano Gervasio Alberto López Crespo, fusilado en octubre de 1939, tras cuatro meses de encierro sin otro contacto con el exterior, dado que su encarcelamiento era en régimen de aislamiento, que el poco aire que pudiera penetrar a través del ventanuco que da título a la obra e ilustra su portada.

Se trata de la conocida como “Casa de los Miradores”, ubicada en su día frente a la Casa Consistorial de Almagro, en el lado oeste de su conocida Plaza Mayor, donde el biografiado, que había llegado al municipio alcarreño a comienzos de los años veinte, desempeñó las funciones de maestro nacional con la dedicación propia de quien realiza un trabajo vocacional; pero también fundó una familia, tras casarse con Carmen Condés -perteneciente a una familia de gran arraigo en la localidad- en una boda que fue verdadero acontecimiento social y como tal quedó reseñada en la prensa local; se integró en lo más granado de la sociedad y tomó parte finalmente -bien que más impelido por las circunstancias que otra cosa- en la vida política del municipio. Lo hizo por primera vez cuando la recién estrenada República necesitó de una Comisión gestora que cubriera la transición entre el Ayuntamiento monárquico salido de las protestadas elecciones del 12 de abril y el elegido- esta vez de naturaleza republicana- en la convocatoria celebrada a finales de mayo, alzándose con la presidencia de la misma.

Su republicanismo, manifiesto ya en las postrimerías del régimen monárquico y no vinculado en estos momentos a ningún partido concreto, se orientará con el paso del tiempo hacia la Izquierda Republicana de Manuel Azaña. Como presidente de ese partido, al que debió afiliarse en algún momento del año 1935, volvió a tener responsabilidades municipales, esta vez en calidad de síndico, entre febrero y octubre de 1936. Será en el marco de una nueva Comisión Gestora; esa cuya autoridad se desploma tras

el golpe militar del 18 de Julio, asistiendo impotente al deslizamiento que, también aquí, lleva de la “República en paz” al “orden revolucionario” y con él, como parte sustantiva del mismo, al ejercicio de la violencia. Un fenómeno desconocido hasta el momento en la ciudad almagreña y que, lejos de concluir donde lo hace la dominación republicana del territorio, se prolonga más allá del conflicto bélico, bien que ejercido ahora por las nuevas autoridades franquistas y dirigido, por ende, contra quienes fueron dominadores en el inmediato pasado.

Una espiral de “violencia roja y azul” que Gervasio Alberto López Crespo vive en carnes propias, primero como exiliado, tras decidir el socialismo municipal su salida del pueblo y aceptar la inspección de Primera Enseñanza su traslado a la escuela graduada número 2 de Ciudad Real en enero de 1938. Después, con la guerra ya finalizada, al periplo que lleva de la delación a la muerte pasando por la cárcel, un juicio sin garantías de ningún tipo y el confinamiento en régimen de aislamiento que se mantiene entre junio y octubre de 1939, hasta la víspera de su fusilamiento. La tarde de ese último día recibe la visita de su familia, postrera concesión a los cuñados falangistas que también se ocuparán del féretro que décadas después, en el momento de la exhumación, tanto facilitará su identificación, pudiendo transmitir a su esposa e hijos -los que asistieron a esa visita ya que el mayor de ellos no pudo hacerlo- una sensación de serenidad y control con la que tranquilizar a quienes, a diferencia de él mismo, no podían presentir que sería la última vez que lo vieran.

Ahí está el vórtice de la tormenta que se desata en torno al biografiado y constituye el núcleo fundamental de la obra, al que se llega tras una primera parte centrada en “el Maestro” que llegó a ser Gervasio Alberto López Crespo, a quien en su Villaconejos de Trabaque natal se conocía por su pertenencia a la familia que apodaban “los Canales” en recuerdo a la canalización de las aguas que hiciera el padre, entonces alcalde del municipio, Fernando López García, y una segunda, hecha de capítulos sobre “el Republicano” en que se convirtió quien ya era “don Alberto”.

Una cuarta y última parte, muy significativamente titulada “Bases y trasvases del relato”, se dedica a la reconstrucción vital de Luis López Condés, primogénito del personaje objeto de estudio y principal trasmisor de la Memoria que sustenta el libro, siendo también ahí donde se producen la confesión del autor -el reconocimiento de su parentesco con Gervasio Alberto López Crespo- y esa suerte de catarsis declaratoria que -siempre fiel al historiador que es- le lleva a documentar tanto el valor de la microhistoria como el recurso a la “mirada literaria” y las fuentes orales en cuanto que

elementos constitutivos de su obra antes de hacer otro tanto con algunas conclusiones en torno a su abuelo y la época republicana, víctimas ambos de las contradicciones que encierra el golpe del 18 de Julio.

Y es que, sobre La base memorialista que de manera fundamental proporciona Luis López Condés, aunque también destacan los recuerdos del primo Plácido López Barajas, se insertan, con indudable acierto, las aportaciones de un relato literario que le permite establecer comparaciones y rellenar lagunas, aplicando a la realidad de don Alberto situaciones descritas en la novelas de Juan Iturralde y Manuel Rivas o las memorias de Andrés Iniesta López entre otras referencias explícitas, como forma de recrear aquellas situaciones que el protagonista debió vivir en la más completa soledad o las sensaciones que pudo tener en un momento dado. Son lugares inaccesibles a la memoria que tampoco pueden aprehenderse desde los fondos documentales que, a su vez, maneja con la abundancia propia de los trabajos históricos. No solo los archivos del municipio almagreño son objeto de minuciosa consulta. El rastro documental, finalmente más importante de lo que suele ser habitual, se busca igualmente en los archivos Histórico Provincial de Ciudad Real, General e Histórico de defensa, Histórico Nacional y General de la Administración así como en el Centro Documental de la Memoria Histórica, la Fundación Pablo Iglesias y nada menos que doce cabeceras periodísticas.

Con tan variada y rica información, que Ángel Luis López Villaverde maneja con la habilidad de quien tiene ahí su oficio, se compone un texto transido de rigor histórico pero también dotado, cual auténtico valor añadido, de una fluidez narrativa que se hace plenamente compatible con la riqueza de matices lo mismo que con la obligada referencia a las fuentes que impone la disciplina histórica. La manera de conseguir esto último sin restar frescura a la narración es un capítulo final en el que se da cuenta de los débitos contraídos con cada una de las informaciones. A cambio, se consigue un relato que, libre de ataduras que entorpezcan la continuidad de la lectura y escrito con indudable agilidad, se convierte en un buen producto para la difusión histórica que tan descuidada sigue estando entre los investigadores.

Un libro que “hay que leer con mucho interés y poca pasión” según dijo su prologuista- Luis Arroyo Zapatero- en la presentación del mismo que tuvo lugar en Almagro solo un día después de que el autor- Ángel Luis López Villaverde- pronunciara en la Universidad de Valladolid una conferencia sobre el tratamiento historiográfico que ha merecido la Segunda República en general y sus aspectos más netamente políticos en particular,

demostrando una vez más su gran interés y profundo conocimiento del tiempo histórico en que se desarrolla la acción.

M<sup>a</sup> Concepción MARCOS DEL OLMO  
Universidad de Valladolid  
conchita@fyl.uva.es